

ÁLVARO ENRIGUE

*Vidas
perpendiculares*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada	
NACÍO EN LAGOS DE MORENO...	
DURANTE 1937 LE SIGUIERON...	
EL AÑO DE 1938 MARCA...	
ESTABA LLOVIENDO EN MARSIA...	
POR FEBRERO O MARZO...	
NUESTRO ROMANCE DE TODA ...	
EN LA MENTE DE JERÓNIMO...	
AUNQUE DE HABER INFIERNO...	
LAS PRIMERAS SEMANAS...	
INSTRUCCIONES PARA CAZAR UN MONJE	
LOS AÑOS DE 1942 HASTA EL 47...	
EL CUMPLEAÑOS	
SOLEDADES	
VARIACIONES	
MERCEDES	
OCTAVIO	
SEVERO	
LA SEÑORA FENICIA	
UNDÉCIMO CUMPLEAÑOS EN EL MUNDO DE ABAJO Y PE-	
QUEÑO GESTO DE REBELDÍA	
VIVÍAMOS EN UN CERRO...	
AUNQUE POR LOS PRIMEROS MESES DE 1949...	
ESTABA TAN BRAVA MI ANSIEDAD...	
MIS PRIMEROS MESES...	
FUERON TRISTES, PERO NO FATALES...	
NO VOLVIÓ AL DÍA SIGUIENTE...	
JERÓNIMO Y MERCEDES...	
TENEBRAS VOLVIÓ CHIFLANDO...	
MI AMISTAD CON EL PADRE JOHN...	
EL NEGOCIO CRECIÓ MÁS RÁPIDO...	
NO SÉ SI RECOMENDARTE...	
LA VIOLENCIA CON MI PADRE...	
TODAVÍA FALTABA PARA...	
Créditos	

Para Tanya Huntington

No hay existencia posible para lo que no existe,
ni puede cesar de existir lo que existe...
Estos cuerpos que ves aquí,
frágiles y sujetos a la disolución,
no son otra cosa que envolturas
de lo Eterno, indestructible e incommensurable,
que habita en cada uno de ellos.
Por lo tanto, resuélvete a combatir.

Bhagavad Gita

Cuando estoy entre tus brazos
Siempre me pregunto yo
Cuánto me debía el destino
Que contigo me pagó.

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

NACIÓ EN LAGOS DE MORENO, Jalisco, el cuatro de enero de 1936, hijo de Eusebio Rodríguez, molinero asturiano, rico, emigrado a México a los veintantos años y héroe de la soltería hasta los cincuenta ya entrados, en que casó con Mercedes Loera, de diecinueve. La madre era una niña de sociedad de Guadalajara. En la hora del altar y los anillos no conocía más mundo que su ombligo, a pesar de que la mandaron a Europa a los quince años y viajaba todos los veranos a la casa de su familia, pudiente y pomadosa, en el lago de Chapala. El niño Jerónimo Rodríguez Loera nació con los ojos marcadamente saltones a los seis meses y tres días de la boda de sus padres.

Por Lagos de Moreno circularon dos teorías: o el molinero y la princesa adelantaron vísperas y luego se tuvieron que casar porque las vísperas adoptaron forma humana, o el molinero, ya en edad prolecta y tras una vida rica en licencias, aceptó a la princesa tal como venía con tal de granjearse una mejor posición en la sociedad laguense. Consta en la documentación con que se cuenta que don Eusebio Rodríguez no fue admitido en el esencial Club Rotario de la localidad hasta después de las nupcias con la teórica señorita tapatía.

Jerónimo Rodríguez Loera fue amamantado durante todo el primer año de su vida, lo cual al parecer era normal en el año 36 y en Jalisco. No tiene, naturalmente, recuerdos del periodo, pero se pueden hacer algunas deducciones por el material disponible.

1. Nació con pelo rubio y crespo: hay un cairel guardado en un sobre minúsculo, blanco y forrado por dentro de papel impreso con flores de lis azules sobre rosado tenue –ya no se hacen sobres así– que dice: Jerónimo, 1936, con la caligrafía oval de señorita de colegio de monjas de su madre.
2. Hay un osito de trapo ya reseco al que solamente le falta un ojo, pero todavía tiene nariz, lo que significa que sería un bebé tranquilo, o al menos poco dado a morder absolutamente todas las partes de absolutamente todos sus juguetes.
3. También hay una vasta correspondencia del periodo, la mayor parte perteneciente a Mercedes Loera. Del padre no se conserva ninguna carta escrita de puño y letra, pero hay cuatro de su hermano menor, ricas en información aunque poco razonables.

La primera de las cartas del hermano de don Eusebio Rodríguez está firmada en el pueblo de Viavélez, Asturias, y cuenta con un lujo

de detalle francamente pervertido la agonía por afecciones, al parecer del hígado, de la madre de ambos. Hay fascinantes descripciones de los olores emanados por la enferma:

Aunque al principio era un aroma a higos untados con alcohol y envueltos en carne de venado salada, conforme fue progresando la enfermedad, los higos se fueron retirando para dejar en su lugar el tufo del papel periódico viejo y húmedo, también untado de alcohol y envuelto en piel de bacalao, temo que en descomposición.

Hay observaciones sobre la gestación del cadáver y la convivencia del enfermero con la madre todavía viva:

La piel se le fue amaderando hasta hacerse indistinguible de la duela.

También notas de lirismo relampagueante:

Los ojos, dos barcos hundidos.

Incluso delirios de maldad no del todo explicables:

Hubo un día en que tomé su mano derecha y la sentí frágil y delgada como la pata de un pollo; no pude resistir la tentación y le quebré un dedo, se aceleraron apenas un poco sus estertores.

Y barbaridades comunes:

Saqué el dinero –poquísimo– que la cerda nos escondió siempre debajo del colchón. Tiré todo lo demás a la basura, malbaraté la casa –se la vendí al hijo del cura, que es duro como su padre y apenas me dio una limosna– y me subí al primer barco que fuera a las Américas, desde el que te escribo. Apenas llegue a la Argentina te busco.

La segunda carta, como es de esperar, comienza con un desengaño de calibre monumental: la Argentina está más lejos de México que España. Luego le siguen otras pequeñas calamidades que tampoco eran menores, o al menos eso le parecía.

El tío se muestra un tanto indignado de que Buenos Aires se parezca más a las fotos que ha visto de París que al pueblo, encuentra odioso que los demás inmigrantes españoles tengan una familia que los reclame, y no se puede explicar la insostenible falta de selvas en el Río de la Plata. Sobre todo, le irrita sobremanera, como ya se dijo, que nadie le hubiera avisado que las Américas fueran tan largas:

Fui directo del puerto a la estación y lo entendí todo cuando el billettero siciliano se cagó de risa.

Cuenta que para poder hacer la segunda parte del viaje, a México, va a tener que juntar algún dinero. Ha encontrado trabajo en una tienda de géneros de un compatriota, que por el momento le permite dormir en la bodega. Todo ese sufrimiento pasaría si su hermano, ya mejor instalado en América, le enviara una ayuda para el pasaje que podría ser entendida como una pequeña retribución por los meses de desvelos pasados cuidando de la madre enferma.

En la tercera carta hay una felicitación por el nacimiento del hijo varón, lo que confirma que el padre respondió a cuando menos una de ellas. También hay una lamentación por la falta de retribuciones para el hermano que desperdició su juventud velando por la madre moribunda en lo que el otro hacía millones en América —la primera carta deja varias pistas que confirman que, en realidad, la agonía duró sólo dos meses.

La cuarta carta es de fin de año y se nota ya un tanto esperanza: el tío se ha integrado como ha podido a los engranajes de una sociedad que puja. La Argentina es un país repleto de sicilianos y eso es lo peor que le puede pasar a una Nación incluso si es Sicilia, dice, pero sus hijas no están mal, aunque hasta ahora solamente se ha animado a hablar con algunas que trabajan en los burdeles del barrio de la Boca. El compatriota de la tienda de géneros es un monarquista miserable, pero a él lo trata bien porque tuvo el tino de mentirle el día en que se acercó a pedirle trabajo. Como no había hablado con nadie desde que comenzó el viaje, tuvo un arranque de locuacidad cuando el tendero le preguntó por qué había llegado a la Argentina, y dijo que porque no podía soportar a la República, que todo lo estaba llevando a la bancarrota. Y afirma:

Como si en el pueblo hubiéramos tenido idea de quién gobierna en Madrid.

Eso le ha concedido cierta ventaja: come, desayuna y cena en la mesa del comerciante, escuchando sandeces; de modo que puede ahorrar lo suficiente para mudarse pronto a una pensión en algún barrio en el que haya sicilianas:

Las españolas en estas tierras, que ni españolas son porque nacieron aquí casi todas, se dan unos aires que no entiendo: yo he visto los estercoleros en que parieron a sus madres.

Al final hay parabienes relacionados con la salud del varoncito y alegría de que esté bien dotado: «Nunca se sabe con esa sangre mexicana.»

De ese año de 1936 también hay correspondencia de la madre de Jerónimo y es tan inocua que uno termina preguntándose si no habrá sido de verdad un milagro que el niño haya salido bien dotado. Ella estaba, por mucho, mejor educada que el padre, lo cual no significa que fuera una muchacha notable, sino más bien que él era un bárbaro.

Probablemente Mercedes Loera haya sido la peor mamá de todo el mundo, pero era organizada y coqueta, de modo que su correspondencia venía ordenada por fecha en una caja de madera de cedro hecha al parecer específicamente para contenerla. La caja le fue entregada a Jerónimo atada con un moño de tela —el tipo de detalle en que Mercedes era docta y el único saber que, en realidad, requiere una criolla mexicana para sobrevivir con garbo y hasta dinero.

Dentro del pequeño cofre cada carta iba antecedita por una copia de la carta enviada por Mercedes. Un sistema de loca, político, o persona que no tiene nada que hacer —casos probablemente más cercanos entre sí de lo que uno se imaginaría.

Con los años la correspondencia materna se volverá interesante, pero las cartas de 1936 son, en general, aburridísimas, al menos comparadas con las resentidas imprecaciones del hermano de don Eusebio. En 1936 Mercedes era una mujer de alma babosa y chata, oprimida por una educación cuyo objeto fue mantenerla cristalizada en un estado infantil. También es posible pensar, más generosamente, que alguien de diecinueve años y casada con una bestia millonaria desbarrancándose hacia la senectud es, por definición, una niña.

En la correspondencia en cuestión no hay ni un solo drama humano a pesar de que la vida interior de Mercedes tenía que estar necesariamente jodida. Tal vez haya sido simplemente demasiado joven para darse cuenta de lo que le estaba pasando. Jerónimo era un muñequito que al parecer se desarrollaba un poco más lento que los demás, pero no importaba; el padre era una persona ajena que pasaba semanas enteras fuera de casa, pero era rico; la maternidad real era ejercida por las criadas. Lo que quedaba —¡Jesús!— era Lagos de Moreno.

Las cartas estaban dirigidas en su mayoría a la abuela de Jerónimo, que vivía en Guadalajara, y a una prima de la ciudad de México. Hay otras a amigas del colegio que habían salido de Lagos; de

varias de ellas hay copia de la carta escrita por Mercedes, pero no respuesta. Se podría deducir de ello que

- a) era insomne o,
- b) pasaba el día en su escritorio mientras las nanas se encargaban del bebé.

Las misivas tienden a ser extensas, lo cual hace todavía más curioso que en realidad no digan absolutamente nada. Pongo un ejemplo: la madre y la abuela comentan los cambios climáticos y la evolución de las estaciones, como si no estuvieran a poco más de doscientos kilómetros de distancia y en el mismo estado.

La prima de México es el único personaje que, en este primer periodo, parecía consciente de que la vida no es un crepé, o al menos la única que no parecía interesada en fingir que nunca pasaba nada. Se llama Matilde –todavía vive– y sigue casada con un artista de nombre Indalecio.

La prima Matilde tenía por entonces un pequeño negocio de repostería con el que compensaba la irregularidad de las entradas del marido, al que sólo le comisionaban retratos y nunca murales. Estaba politizada: sabía que Indalecio, con el que se casó tal vez en un arranque de desesperación libertaria –no del todo justificado por su talento o apostura– no iba a acomodarse en el medio pictórico a menos que se hiciera miembro del Partido Comunista, al que no se decidía a ingresar por estar consciente de que no era lugar para hombres tímidos, discretos y sin hombros, como él –el bigotazo con que compensaba no era suficiente. Matilde, aunque entendía que sin la credencial del PC uno no era nada, no lo alentaba a integrarse a las filas de artistas revolucionarios. Dice en una carta: «¿Qué pensarían en Lagos si supieran que Indalecio está habitado por humores soviéticos?» En su respuesta, su prima Mercedes le recomienda resignarse y rezar mucho: «Seguramente una dieta adecuada y mucho amor librarán al pobre Indalecio de la soviets.»

Hay otro pequeño drama entre las descripciones de jacarandas y fresnos en que es rica la correspondencia de Matilde. Al marido le comisionan retratos de una millonaria joven, casada con un farmacéutico alemán, y la señora aparece cada vez con menos ropa en los cuadros. En Lagos de Moreno, a Mercedes le sorprende lo de la poca ropa en una mujer que tomó los votos matrimoniales, pero no puede más que solidarizarse con las manías de una mujer joven casada con un viejo millonario.

DURANTE 1937 LE SIGUIERON dando pecho a Jerónimo. Aprendió bastante tarde a caminar, no se sabe si porque desde entonces estaba claro que era diferente, o por los vestidos de hilo decimonónicos –y obviamente de niñacon que lo emperifollaban todos los días, o cuando menos todos los días en que los Rodríguez Loera se hacían un retrato. Esto no consta, pero parece lógico: hay seis fotos tuyas del periodo en las que aparece con un faldón almidonado, relleno de crinolinas y coronado por un peto florido. Se puede deducir mucho de la pura edad del infante:

- a) habrá dentado en ese periodo, por lo que babearía mucho (no se aprecia en las fotos),
- b) sería cuidadoso (no aparece herido en ninguna),
- c) carecía por completo de amistades infantiles (no hay retratos de grupos familiares en los que aparezcan otros niños).

También habrá aprendido otras gracias: hacer trompetillas, pedir agua, pegar en la mesa con una cuchara de madera. Es improbable que haya gateado con todas esas crinolinas.

Jerónimo no tiene recuerdos de ese año –es natural, apenas llevaba uno de vida. Tampoco hay hechos singulares en las cartas que escribía su madre. 1937 parece haber sido decisivo por todo el mundo, excepto en Lagos de Moreno, donde al parecer nunca ha sucedido absolutamente nada después de las nueve de la mañana, cuando ya pasó la misa y ya se terminó la ordeña de las vacas. De eso es, principalmente, de lo que habla la correspondencia de Mercedes: «Volví de misa, habrá terminado la ordeña» es la afirmación que se lee más veces en ella (cuarenta y tres veces en cincuenta y una cartas).

Mientras, en la ciudad de México, la cosa estaba que ardía. La prima Matilde finalmente se había convencido de que su marido pasaba más tiempo del que debía con la mujer del millonario alemán, pero no sabía qué hacer porque el farmacéutico compraba, además de los retratos francamente obscenos de su esposa, otras pinturas de caballete. Tenían muchas casas: una en Cuernavaca –originalmente un casco de hacienda– en la que pasaban los inviernos; una villa en Coyoacán para los fines de semana; una mansión en la colonia Cuahutémoc en la que vivían la mayor parte del tiempo. Todas esas casas sumaban una cantidad casi infinita de metros cuadrados

de paredes que podrían llenarse con los pinturas de Indalecio, que la verdad no se entiende por qué le gustaban al millonario alemán.

Hubo una carta particularmente dramática sobre la posible infidelidad de Indalecio –«preferiría que me atropellara un camión a seguir padeciendo esto», decía Matilde– a la que Mercedes respondió –a la vuelta de misa (habrá terminado la ordeña)– que seguramente los paseos al aire libre por tantas mansiones beneficiarían la salud de su cuñado. Agregó que todos necesitamos confidentes; si lo sabría ella, abandonada en Lagos por todas sus amigas del instituto.

Hacia el final del año el intercambio de correspondencia entre las primas se tornó violento y viperino, al menos del lado de Matilde. Mercedes no parecía capaz aún, a esas alturas de su vida, de la maldad y la aspidez. Tal vez sea inmoral reseñarlo porque no muestra el mejor lado de ninguna de las dos –se puede deducir que de niñas fueron piel y carne–, pero entre las demoradas descripciones del avance estacional hay una confrontación de los modelos vitales de ambas. Dice Matilde:

Puede ser que mis medicamentos me pongan nerviosa, y que el cuarto en el que vivimos no reciba suficiente sol, pero cuando menos la vaca a la que ordeña mi marido fue una estrella de cine.

Mercedes le responde recordándole que las vacas fueron el negocio que su Eusebio tuvo de recién llegado a México, pero que desde hacía tiempo se dedicaba a moler trigo.

Por Dios Santo –respondió la prima–, tu marido muele trigo en Lagos, pero en los meses que se pasa comprando cosechas por las rancharías, lo que muele son chamacas; ¿de dónde crees que vienen todos esos niños de ojos azules de La Chona, de Ojuelos, de Unión?; ¿no te has fijado en que la mitad de los hijos de sus molineros tienen la barba cerrada?

Mercedes responde preocupada por la salud de los duraznos de su jardín, que al parecer estaban plagados por un gusano emparentado de manera remota con el de seda: hacían grandes capullos que impedían la correcta floración de los árboles. Agrega al final de su carta que no se trataba «de hablar mal de los cuñados».

Matilde, harta de la obstinación de su prima en negar cualquier realidad mediante el uso de unos conocimientos botánicos de todos modos bastante peregrinos, le recordó en su respuesta que Indalecio ni siquiera era su cuñado, que nunca se casaron. «Por Dios Santo –dice–, ya es hora de que crezcas.» Y agrega algunos consejos definitivamente demasiado rudos para una princesa laguense:

«Deberías dejar que alguno de esos gusanos se comiera tus flores.»
Fin de la correspondencia.

Mientras tanto, la abuela de Jerónimo sigue respondiendo religiosamente a las cartas de su hija: «Te escribo apenas volviendo de misa, querida mami; habrá terminado la ordeña. Ya empezaron las lluvias.» A lo que la vieja contesta: «Aquí también.» Las amigas del instituto seguían sin responder a sus cartas.

En agosto apareció una misiva extraña: un primo dedicado a la construcción, que escribe desde Villahermosa, cargado de una nostalgia que lo podría denunciar perfectamente como un gusano que aspiraba a las flores de Mercedes. Firma solamente como Octavio. Ella o no le respondió o no guardó copia, lo cual abunda en la teoría del agusanamiento.

No hay noticias del hermano porteño del padre.

Si se hacen cuentas –todo ha de ser deducido antes de que irrumpa el animal incontrolable de la memoria–, más o menos por noviembre, el molinero viejo, millonario y, según las ideas de Matilde, calentón, le dio un poco de paz a las rancheras de La Chona, Ojuelos y Unión, para hacerle un segundo hijo a la madre de Jerónimo.

EL AÑO DE 1938 MARCA el fin de la lactancia a raíz del segundo embarazo. No es suposición: Mercedes siempre dijo, con extraño orgullo en una persona tan recatada –al menos de dientes para afuera–, que le dio pecho a su primogénito hasta que concibió a su segundo hijo. Además contaba una historia un poco bochornosa: por los días anteriores al embarazo, llamaba a Jerónimo por su nombre y él arrastraba su propio banquito para tomar la leche. «Era –agregaba– la única cosa normal que hacía el pobre, tan lento en todo lo demás.»

El anterior es uno de los pocos recuerdos que Mercedes citaba sobre la primera infancia de Jerónimo. Se puede apreciar que es un recuerdo en el que no interviene el padre. Para el propio Jerónimo es, además, un ejemplo clásico del recuerdo ajeno: se ha escuchado tanto que se incrusta en la persona del escucha, pero en una tercera persona. Como sucede ante las fotografías y la muerte, el primero se ve a sí mismo como otro –ver fotos es dar testimonio de nuestro cansancio. La paradoja es esencial porque representa la semilla del drama de Jerónimo: yo somos varios. No es una paradoja muy elegante, ni mucho menos matemática, pero vaya que le ha resultado difícil de sobrellevar. Y tiene un airecito satánico difícilmente desdeñable.

En 1938 no hay correspondencia ni de la prima Matilde ni del hermano porteño del molinero asturiano, como si la gestación de Miguelito hubiera detenido hasta las carreras de los ratones en la despena. Una sola carta del primo de Villahermosa brilla como la coraza de una cucaracha en el piso de la cocina impecable de los Rodríguez Loera. Es una carta breve y enigmática de la que no se entiende casi nada porque el primo estaba en una crisis de melancolía que avanzaba temerariamente por el filo de la locura. Habla de su absoluto disgusto con respecto al hecho de estar en una ciudad tan remota en un momento como aquel por el que Mercedes pasaba, momento que no tenía empacho en calificar, inopinadamente, de «cataclismo». Dice que tanto calor lo iba a matar y que, de hecho, estaría agradecido; que todas las mañanas, cuando sale del parque habitacional para empleados del gobierno y ve a los señores yéndose al trabajo tan tranquilos y a las señoras despidiéndolos entre el revuelo de jardineros y criadas, no puede creer que el mundo siga representándose a sí mismo como algo que gira sin sudoraciones ni

temblorinas; que prefiere la honestidad bruta de sus noches en vela a la mentira del mundo prístino que representa la colonia enrejada en medio de una ciudad de gorilas. La carta termina abruptamente, deseando salud y fortuna para el bebé que viene en camino. Otra vez no hay respuesta de Mercedes, lo cual la puede hacer de uno de dos delitos:

- a) insensibilidad ante la depresión ajena –de lo cual Jerónimo puede dar testimonio sobradamente de acuerdo con su propio caso y relación con su madre–, o
- b) ocultamiento y destrucción de la respuesta de Mercedes por contener información no del todo decente.

Es en esta segunda hipótesis donde desembocaría cualquier opinión informada.

En el mero centro de 1938 destaca el arribo de Miguelito, el hermano menor, y un hecho económico que con el tiempo adquirirá enorme trascendencia para la formación de Jerónimo: don Eusebio decidió incursionar en el negocio de las panaderías, abriendo una que llevaba el nombre, predecible, de «El Horno Asturiano».

De no haber padecido la condición que padecía y haber sido un niño normal, Jerónimo hubiera sufrido el rapto de los celos y el mal humor ante la desproporcionada preferencia de sus padres por el recién nacido. En los papeles de Mercedes se conserva del nacimiento del primogénito lo ya reseñado: un cairel en un sobre impreso con flores de lis y seis fotos del año siguiente. Del de Miguelito hay: ropones, sandalias bañadas en bronce, bolos del bautizo –llevaban atorada en un suaje una onza Libertad de plata–, los recortes de la sección de «Sociales» de *El Centinela de Los Altos* –probablemente la de «Sociales» fuera la única sección de *El Centinela de Los Altos*– que reseñó su nacimiento y bautizo. El bautizo, según se lee en la crónica, fue por mucho el más sonado en la historia reciente de Lagos de Moreno, con comida y bebida a raudales, músicos y hasta un castillo de fuegos artificiales cuando cayó la tarde.

Tampoco hay recuerdos de este tercer año de vida en el que, de acuerdo con la pedacería que Mercedes eligió conservar, la familia pareció dejar su condición afantasmada. Además de los recortes de periódico sobre el bautizo, hay otros en los que aparecen crónicas de eventos en los que los padres y Miguelito fueron invitados esenciales y fotografías de bailes o recepciones en los que aparecen como pareja o con Miguelito –en ninguno de estos recortes se puede apreciar la figura, el nombre, o siquiera una referencia a Jerónimo.

En ese año, la correspondencia con la abuela tiene un sensible

descenso. Al comenzar a registrarlo durante la revisión de los papeles de Mercedes, Jerónimo pensó que el pleito con Matilde había empañado de algún modo la relación de su madre con la abuela, o que la vieja había encontrado reprobable, por alguna razón, el nacimiento de Miguelito.

Fue hasta que llegó al sobre con los recortes de periódico de las funciones sociales que descubrió un hecho terrible: a partir del nacimiento del bebé, su abuela se había mudado a Lagos de Moreno como auxiliar de crianza –cosa que Jerónimo tenía por seguro que no había hecho cuando él mismo nació, dado que el intercambio de cartas era semanal. Se tomó el cuidado de volver a las misivas escritas por la abuela durante el 35, el 36, el 37 y la primera mitad del 38. Había una fechada en cada sábado desde la boda hasta las postimerías del embarazo de Miguelito, lo cual significa que sólo conoció a su nieto mayor porque el nacimiento de su hermanito era una inminencia.

La verdad es que hasta el momento en que se sentó a revisar las fechas de las cartas de la abuela, Jerónimo había tendido a saltárselas –igual que las respuestas de su madre porque, hasta donde había percibido, iban sólo de las enfermedades de los parientes de Guadalajara a la misa y la ordeña y de ahí a los meteoros. Agujoneado por el hallazgo de que su abuela en realidad lo había repudiado, empezó a leer de atrás para adelante: primero las últimas del año 38, luego las de en medio y al final las del principio; luego pasó a las del 37, a las del 36 y así hasta llegar a la primera que la hija le escribió a su madre el día en que llegó a vivir a la casa de don Eusebio después de la rumbosa boda de ambos en Guadalajara.

Revisadas de atrás para adelante, las cartas se transformaban en una espiral de sugerencias que aunque no tenía sentido del todo, revelaba un formidable esfuerzo de ocultamiento. Estaba claro que cuando ambas mujeres meditaban sobre la intensidad de las lluvias o sobre los efectos del calor en la producción de las hortalizas, estaban esforzándose por representar algo que no se podían decir. Discutían la vida y trabajos de las vacas describiendo minuciosamente sólo el corral. Una pena, porque la mayoría de aquellos hechos ocultos entre su insulsa correspondencia se han perdido para siempre. Jerónimo era demasiado joven para tener cualquier recuerdo de ellos.

Las cosas cambiaron a partir del año siguiente, el de 1939, que resultó capital: Jerónimo registró por primera vez un recuerdo. No fue un buen recuerdo: se le desató al contemplar la cara del hermano de don Eusebio, una cara levemente demencial con unos ojos